



AMERICAN NATIONAL CATHOLIC CHURCH

20 de enero de 2025

Memoria de San Sebastián, Mártir

“No torcerás el derecho del extranjero ni del huérfano, ni tomarás en prenda el vestido de la viuda. Más bien, recuerda que fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor, tu Dios, te redimió de allí; por eso te mando hacer esto” (Deuteronomio 24:17-18).

Queridas hermanas y hermanos en Cristo,

En el nombre del Padre, y del Hijo+ y del Espíritu Santo.

Gracia y paz a ustedes de parte de Dios, nuestro Creador; el Redentor que camina con nosotros; y el Espíritu Santo, que nos impulsa a vivir como agentes del amor divino en el mundo.

Mientras caminamos juntos en esta sagrada temporada del Tiempo Ordinario, una temporada de esperanza y renovación, les escribo en este Día de Inauguración, una declaración pastoral de nuestro compromiso como jurisdicción católica con la misericordia, la justicia y la compasión y una promesa de continuar nuestro compromiso como miembros de la Iglesia Católica Nacional Americana de encarnar el amor infinito de Dios. En un mundo a menudo fracturado por la división y la exclusión, estamos llamados a ser un signo vivo de la inclusión radical de Dios, arraigada en los misterios de nuestra fe católica y expresada a través de nuestro compromiso inquebrantable con los marginados y estigmatizados.

El amor extravagante de Dios

En el corazón de nuestra fe está la verdad inquebrantable de que el amor de Dios es extravagante e incondicional. Este amor se manifestó en la encarnación, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, quien abrazó a todos, especialmente a aquellos considerados indignos según los estándares de la sociedad. Como seguidores de Cristo, estamos invitados a reflejar este amor, un amor que reconoce la dignidad y el valor de cada ser humano, creado a imagen de Dios.

Nuestro compromiso con la inclusión radical fluye de esta verdad fundamental. No es solo un ideal, sino una realidad vivida que nos impulsa a acoger a todos los que buscan la gracia de Dios, sin importar su raza, género, orientación sexual, estado económico o circunstancias de vida. En nuestras parroquias, ministerios y encuentros cotidianos, estamos llamados a crear espacios donde todos puedan encontrar la presencia liberadora y sanadora de Cristo.

Una Iglesia para los marginados y estigmatizados

El Evangelio nos muestra repetidamente la preocupación especial de Jesús por los marginados: los pobres, los excluidos, los pecadores y los olvidados. En esto encontramos nuestra misión: solidarizarnos con aquellos que han sido empujados a los márgenes de la sociedad, ofreciendo no juicio sino compasión, no exclusión sino acogida.

Como Iglesia, nos comprometemos nuevamente a caminar junto a aquellos que han sido heridos por prejuicios, rechazados por instituciones religiosas o silenciados por la injusticia sistémica. Esto incluye a nuestros hermanos y hermanas LGBTQ+, a inmigrantes y refugiados, a quienes experimentan la falta de vivienda y a todos los que sufren discriminación y exclusión. Que nuestras palabras y acciones les proclamen la Buena Nueva: que son amados, valorados y bienvenidos en la casa de Dios.

La dignidad y el valor de las mujeres

Central en nuestro testimonio como Iglesia Católica Nacional Americana está nuestra afirmación de la igualdad de dignidad y valor de las mujeres. Reconocemos las contribuciones invaluable de las mujeres a la vida de la Iglesia y del mundo, y nos oponemos firmemente a cualquier estructura o actitud que menosprecie sus dones otorgados por Dios.

En nuestro compromiso con la justicia y la igualdad, afirmamos el llamado de las mujeres a todos los niveles de ministerio y liderazgo dentro de la Iglesia. Sus voces, perspectivas y dones no son accesorios, sino esenciales para el florecimiento del Cuerpo de Cristo. Continuemos nutriendo comunidades donde se celebre el liderazgo de las mujeres y se escuche su testimonio profético.

Nuestro camino compartido

Mientras avanzamos juntos, mantengamos firmes los valores que nos definen como Iglesia: inclusión radical, compasión por los marginados y un compromiso inquebrantable con la justicia y la igualdad. Estos no son solo aspiraciones, sino las formas tangibles en que vivimos nuestra fe en el Dios que nos ha amado primero.

Que nuestros corazones estén siempre abiertos al movimiento del Espíritu Santo, que nos llama a un amor más profundo, mayor valentía y esperanza inquebrantable. Continuemos construyendo comunidades que brillen como faros del amor extravagante de Dios en un mundo que anhela sanación y reconciliación.

Con toda bendición,



Reverendísimo George R. Lucey, FCM
Obispo Presidente
Iglesia Católica Nacional Americana